

¿QUÉ OCURRE CUANDO LAS PERSONAS QUE LLEVAN LAS RIENDAS  
DE UN GOBIERNO NO TIENEN LA MÁS REMOTA IDEA DE CÓMO FUNCIONA?

MICHAEL  
LEWIS



EL QUINTO  
RIESGO

UN VIAJE A LAS ENTRAÑAS DE LA CASA BLANCA DE TRUMP

BESTSELLER DE *THE NEW YORK TIMES*

DEUSTO

# **El quinto riesgo**

Un viaje a las entrañas  
de la Casa Blanca de Trump

**MICHAEL LEWIS**

Traducción de Ramón González Ferriz  
y Marta Valdivieso Rodríguez



EDICIONES DEUSTO

Título original: *The Fifth Risk*

© Michael Lewis, 2018

© de la traducción: Ramón González Ferriz y Marta Valdivieso Rodríguez, 2019

© Editorial Planeta, S.A., 2019

© de esta edición: Centro de Libros PAPP, SLU.

Deusto es un sello editorial de Centro de Libros PAPP, SLU.

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

ISBN: 978-84-234-3031-4

Depósito legal: B. 4.174-2019

Primera edición: marzo de 2019

Preimpresión: Medium Preimpresió

Impreso por Romanyà Valls, S.A.

Impreso en España - *Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# Sumario

---

<b>Prólogo: Perdido en la transición . . . . .</b>	<b>13</b>
<b>I. El riesgo de cola . . . . .</b>	<b>29</b>
<b>II. El riesgo de la gente. . . . .</b>	<b>79</b>
<b>III. Todos los datos del presidente . . . . .</b>	<b>125</b>
<b>Agradecimientos . . . . .</b>	<b>221</b>

# I

---

## El riesgo de cola

La mañana después de las elecciones, el 9 de noviembre de 2016, la gente que dirigía el Departamento de Energía (DOE) de Estados Unidos se presentó en sus despachos y esperó. Habían desocupado treinta escritorios y dejado libres treinta plazas de aparcamiento. No sabían exactamente a cuántas personas recibirían aquel día, pero cualquiera que hubiera ganado las elecciones, mandaría con seguridad a un pequeño ejército al Departamento de Energía y a las demás agencias federales. La mañana después de ser elegido presidente, ocho años antes, Barack Obama había enviado entre treinta y cuarenta personas al Departamento de Energía. El personal de Energía planeaba dar a la gente de Trump las mismas charlas, procedentes de las mismas carpetas de tres anillas y doce centímetros y medio de ancho con el sello del departamento, que habría dado a la gente de Clinton. «No tenía que cambiarse nada —dijo un exmiembro del personal del departamento—. Siempre

se había hecho con la intención de que, ganara el partido que ganara, nada cambiara.»

Por la tarde, el silencio era clamoroso. «Día 1, estamos preparados para empezar», dice un antiguo alto funcionario de la Casa Blanca. «Día 2, fue como, “¿Quizá nos llamen?”.»

«Los equipos daban vueltas, “¿Tenéis noticias de ellos? —recuerda otro miembro del personal que se había preparado para la transición—. ¿Habéis conseguido algo? Yo no he logrado nada”.»

«La elecciones tuvieron lugar —recuerda Elizabeth Sherwood-Randall, entonces vicesecretaria del DOE—. Y ganó él. Y luego hubo silencio de radio. Estábamos preparados para *el día siguiente*. Y no ocurrió nada.» La gente de Trump no estaba localizable en ninguna parte del Gobierno federal. En los pocos lugares donde se presentaron, parecían estar confusos y nada preparados. Por ejemplo, un pequeño grupo asistió a una sesión informativa en el Departamento de Estado, sólo para enterarse de que la información que tenían que escuchar era reservada. Entre la gente de Trump, nadie tenía autorización —o, para el caso, alguna experiencia en política exterior— y, por lo tanto, no estaban autorizados para recibir la información. En sus visitas a la Casa Blanca poco después de las elecciones, Jared Kushner se mostró sorprendido de que tanta gente del personal pareciera estar yéndose. «Era como si pensara que se trataba de una adquisición empresarial o algo así —dice un miembro del personal de la Casa Blanca de Obama—. Él pensaba que todo el mundo se quedaba.»

Incluso en una situación normal, la ignorancia sobre el Gobierno de Estados Unidos que muestran las personas

que lo asumen puede resultar sorprendente. Como dijo un funcionario de carrera del Departamento de Energía con muchos años de experiencia, que había visto llegar a cuatro administraciones diferentes para intentar dirigir el lugar: «Siempre tienes el problema de que quizá no entiendan lo que hace el departamento». Para abordar el problema, un año antes de dejar el cargo, Barack Obama había dado instrucciones a un montón de expertos de su Administración, entre ellos unos cincuenta del DOE, para recopilar el conocimiento que su sucesor o sucesora necesitaría para entender el Gobierno del que se iba a hacer cargo. La Administración Bush había hecho lo mismo por Obama y éste había agradecido el esfuerzo. Dijo a su personal que el objetivo era asegurar una transferencia de poder más fluida incluso que la que había logrado la gente de Bush.

Lo cual resultó ser una enorme tarea. Para beneficio de la nueva Administración, miles de personas del Gobierno federal habían dedicado la mayor parte del año a trazar un panorama realista de éste. Probablemente, el Gobierno de Estados Unidos es la organización más complicada sobre la faz de la tierra. Sus dos millones de empleados federales reciben órdenes de cuatro mil personas designadas políticamente. La disfunción se cuece en la propia estructura del asunto: los subordinados saben que sus jefes serán remplazados cada cuatro u ocho años, y que el sentido de sus proyectos puede cambiar de la noche a la mañana, con unas elecciones, una guerra o algún otro acontecimiento político. Aun así, muchos de los problemas contra los que lucha el Gobierno no son particularmente ideológicos, y la gente de Obama intentó mantener su ideología políti-

ca fuera de los informes. «No tienes que estar de acuerdo con nuestras ideas políticas —como dijo el antiguo alto funcionario de la Casa Blanca—. Sólo tienes que entender cómo hemos llegado hasta aquí. El zika, por ejemplo. Puedes estar en desacuerdo sobre cómo lo abordamos. No tienes por qué estar de acuerdo. Sólo tienes que entender por qué lo abordamos de esa manera.»

Cómo detener un virus, cómo realizar un censo, cómo determinar si algún país extranjero pretende conseguir un arma nuclear o si los misiles de Corea del Norte pueden alcanzar Kansas City: son problemas técnicos y duraderos. Las personas designadas por el nuevo presidente electo para resolver estos problemas tienen aproximadamente setenta y cinco días para aprender de sus predecesores. Después de la toma de posesión, muchos grandes expertos se dispersarán a los cuatro vientos y tendrán prohibido, por ley federal, iniciar cualquier contacto con sus sustitutos. El período entre las elecciones y la toma de posesión da la misma sensación que una clase de química de refuerzo escolar, en la que la mitad de los estudiantes ha llegado tarde y se les obliga a apresurarse para conseguir, antes del final, los apuntes tomados por la otra mitad.

Dos semanas después de las elecciones, la gente de Obama dentro del DOE leyó en los periódicos que Trump había creado un pequeño «equipo de aterrizaje». Estaba liderado, y básicamente formado, por un hombre llamado Thomas Pyle, el presidente de America Energy Alliance, que, tras una inspección, se demostró que era una máquina de propaganda de Washington D. C. financiada con millones de dólares procedentes de ExxonMobil y Koch Industries. El propio Pyle había trabajado como *lobista*, o

cabildero, para Koch Industries y además había dirigido una empresa que escribía artículos de opinión atacando los intentos del DOE de reducir la dependencia del carbón en la economía estadounidense. Pyle dijo que su papel en el equipo de aterrizaje era «voluntario» y añadió que no podía divulgar quién le había nombrado debido a un acuerdo de confidencialidad. Para entonces, quienes dirigían el DOE estaban seriamente alarmados. «Supimos por primera vez del nombramiento de Pyle el lunes de la semana de Acción de Gracias —recuerda Kevin Knobloch, entonces jefe de gabinete del DOE—. Le enviamos el mensaje de que el secretario y la vicesecretaria se reunirían con él tan pronto como fuera posible. Dijo que le gustaría, pero que no podía hacerlo hasta después de Acción de Gracias.»

Un mes después de las elecciones, Pyle llegó para mantener una reunión con Ernest Moniz, secretario de Energía, la vicesecretaria Sherwood-Randall y Knobloch. Moniz, un físico nuclear que entonces estaba en excedencia del MIT y que había ejercido como vicesecretario durante la Administración Clinton, es considerado normalmente, incluso por muchos republicanos, como alguien a quien le apasiona el DOE y que lo entiende mejor que cualquier otra persona en el mundo. Pyle pareció no estar interesado en nada de lo que él tuviera que decir. «No parecía motivado para dedicar mucho tiempo a entender el lugar —me contó Sherwood-Randall—. No trajo bolígrafo ni papel. No hizo preguntas. Estuvo una hora. Eso fue todo. Nunca pidió volver a reunirse con nosotros.» Después, explica Knobloch, le sugirió a Pyle que acudiera un día a la semana hasta la toma de posesión, y Pyle pareció es-

tar de acuerdo, pero luego nunca apareció. «Es un enigma —añade Knobloch—. Se trata de una organización que gestiona 30.000 millones de dólares anuales y que cuenta con alrededor de ciento diez mil empleados y complejos industriales en todo el país. Cosas muy serias. Si vas a dirigirla, ¿por qué no querías saber algo sobre ella?»

Había una razón para que Obama designara a un físico nuclear para dirigir el departamento: este lugar, como los problemas que trataba de resolver, era técnico y complicado. Moniz había ayudado a llevar las negociaciones con Irán precisamente porque conocía a qué parte de su programa de energía nuclear debía renunciar si se quería impedir que obtuviera un arma nuclear. Durante la década previa a su incorporación al DOE, en junio de 2013, Knobloch había ejercido como presidenta de la Union of Concerned Scientists ('Unión de Científicos Preocupados'). «He trabajado de cerca con el DOE a lo largo de toda mi carrera —dice—. Pensaba que conocía y entendía la agencia. Pero al entrar en ella pensé, ¡santo cielo!»

La vicesecretaria Elizabeth Sherwood-Randall ha dedicado sus treinta años de carrera a reducir la oferta de armas de destrucción masiva en el mundo (lideró la misión estadounidense para eliminar la armas químicas de Siria). Pero como cualquiera que llegaba a trabajar al DOE, había terminado acostumbrándose a que nadie supiera en realidad lo que hacía el departamento. Cuando, en 2013, llamó a casa para decirles que el presidente Obama la había propuesto como la segunda de a bordo del lugar, su madre le dijo: «Muy bien, cariño, no tengo ni idea de lo que hace el Departamento de Energía, pero tú siempre has tenido mucha energía, así que estoy segura de que serás perfecta para el puesto».

La Administración Trump no tenía una idea más clara que su madre de a qué dedicaba su tiempo. Y aun así, según Sherwood-Randall, estaban seguros de que no necesitaban escuchar nada de lo que ella tuviera que decir antes de quedarse a cargo del trabajo. Al final, Pyle envió una lista con setenta y cuatro preguntas para las que quería una respuesta. Su lista abordaba algunos de los temas que trataba el material informativo, pero también otros que no:

¿Pueden proporcionar una lista de todos los empleados o contratistas del Departamento de Energía que hayan asistido a cualquier encuentro del Grupo de Trabajo Interinstitucional sobre el Coste Social del Carbono?

¿Pueden proporcionar una lista de todos los empleados o contratistas del Departamento de Energía que hayan asistido a cualquier Conferencia de las Partes (de la Convención Marco de Naciones Unidas sobre el Cambio Climático) en los últimos cinco años?

Éste, en resumen, era el espíritu de la organización de Trump. «Me recordó al macartismo», apuntó Sherwood-Randall.

Dice mucho de la mentalidad de los funcionarios de carrera que la empleada del DOE a cargo de supervisar la transición se comprometiera a responder incluso las preguntas más ofensivas. Su actitud, como la del personal permanente, fue, *Se supone que debemos servir a nuestros jefes electos, por muy odiosos que sean*. «Cuando las preguntas se filtraron a la prensa, ella se disgustó mucho», me explicó un antiguo miembro del personal del DOE.

La única razón por la que el DOE no facilitó los nombres de las personas concienciadas con el cambio climático, lo cual les habría expuesto a la cólera de la nueva Administración, fue que la antigua Administración todavía estaba a cargo: «No vamos a responder a esas preguntas», había dicho simplemente el secretario Moniz.

Después de que la lista de preguntas de Pyle acabara en Bloomberg News, la Administración Trump negó conocerla, pero ya se había enviado una señal: *No te queremos para que nos ayudes a entender; queremos descubrir quién eres y castigarte*. Pyle desapareció de la escena. Según un antiguo empleado de Obama, fue sustituido por un puñado de jóvenes ideólogos que se llamaban a sí mismos «el equipo cabeza de playa». «Básicamente, iban de un lado a otro del edificio insultando a la gente», explicó un antiguo empleado de Obama. «Existía la mentalidad de que todo lo que hace el Gobierno es estúpido y malo, así que la gente que estaba allí era estúpida y mala», añadió otro. Exigieron conocer los nombres y los sueldos de las veinte personas mejor pagadas en los laboratorios científicos nacionales supervisados por el DOE. Con el tiempo, borrarían la lista de contactos con los correos electrónicos de todos los científicos financiados por el departamento, aparentemente para dificultar que se comunicaran entre ellos. «Esa gente estaba loca —dice un antiguo miembro de personal del DOE—. No estaban preparados. No sabían lo que estaban haciendo.»

«Habíamos intentado prepararlos como fuera —puntualiza Tarak Shah, jefe de gabinete del programa de ciencia básica del DOE, cuyo presupuesto es de 6.000 millones de dólares—. Pero eso requería que aparecieran. Y traer a

gente cualificada. Pero no lo hicieron. Ni siquiera pidieron una sesión informativa introductoria. Algo como, ¿a qué os dedicáis?» La gente de Obama hizo lo que pudo para preservar el conocimiento que la institución tenía de sí misma. «Estábamos preparados para que empezaran a eliminar documentos —añade Shah—. De modo que preparamos una página web pública para transferir material a ella, en caso de ser necesario.»

La única acción concreta que el equipo de transición de Trump llevó a cabo antes de la toma de posesión fue intentar despedir del DOE y de otras agencias federales a las personas nombradas por Obama. Sin embargo, la realidad era que existía un largo historial de personas que habían sido designadas por una Administración que esperaban para ayudar a los recién designados por la siguiente. El hombre que había trabajado como director financiero del Departamento de Energía durante la Administración Bush, por ejemplo, se quedó un año y medio en la Administración Obama, únicamente porque tenía una comprensión detallada de la parte económica que era difícil transmitir con rapidez. Al final de la Administración Obama, el director financiero del departamento era un respetable empleado público llamado Joe Hezir. No tenía una identidad política determinada y en general se pensaba que había hecho un buen trabajo, por eso más o menos esperaba una llamada de la gente de Trump pidiéndole que se quedara, simplemente para que la parte económica siguiera funcionando de manera fluida. La llamada nunca se produjo. Tampoco nadie le informó de que sus servicios ya no eran necesarios. Al no saber qué más podía hacer, pero sin nadie que le reemplazara, el director financiero

de unas actividades cuyo presupuesto era de 30.000 millones de dólares simplemente se levantó y se fue.

Esto supuso una gran pérdida. Una o dos comidas con él podían haber alertado a la nueva Administración de algunos de los terroríficos riesgos que prácticamente estaban dejando sin gestionar. Alrededor de la mitad del presupuesto anual de 30.000 millones de dólares del DOE se destina a mantener y proteger el arsenal nuclear. Y unos 2.000 millones de esa mitad se destinan a perseguir el plutonio y el uranio que están sueltos por el mundo aptos para la fabricación de armas nucleares, para que no caigan en manos de terroristas. En sólo ocho años (entre 2010 y 2018) la Administración Nacional de Seguridad Nuclear del DOE reunió suficiente material para construir ciento sesenta bombas nucleares. El departamento forma a cada inspector internacional de energía nuclear; si las plantas de energía nuclear del mundo no producen a escondidas material apto para armas mediante el reciclado de combustible nuclear gastado y la recuperación del plutonio, es gracias a estas personas. El DOE también proporciona equipos para la detección de radiación que permite a otros países detectar el material para bombas que traspasa las fronteras nacionales. Para mantener el arsenal nuclear de Estados Unidos, lleva a cabo innumerables y caros experimentos con pequeñas cantidades de material nuclear, con la finalidad de comprender qué ocurre con el plutonio cuando se fisiona, lo cual, increíblemente, en realidad nadie sabe. Para estudiar el proceso, está financiando lo que promete ser la próxima generación de superordenadores, lo cual, a su vez, llevará a Dios sabe dónde.

El personal de Trump no parecía captar en qué medida el Departamento de Energía abarcaba mucho más que lo relacionado con la energía. No eran del todo inconscientes de la existencia del arsenal nuclear, pero incluso eso no despertaba demasiado su curiosidad. «Básicamente, estaban buscando porquería», dijo una de las personas que informó al equipo cabeza de playa sobre asuntos de seguridad nacional. «¿Qué es lo que la Administración Obama no te permite hacer para mantener el país a salvo?» Los informadores se esforzaban en explicar un aspecto de la seguridad nacional especialmente sensible: Estados Unidos ya no prueba sus armas nucleares. En su lugar, cuenta con físicos que trabajan en tres de los laboratorios nacionales —Los Álamos, Livermore y Sandia— para simular explosiones utilizando materiales antiguos y deteriorados.

No se trata de un ejercicio trivial, y para hacerlo dependemos por completo de científicos que desempeñan su labor en los laboratorios nacionales porque son sitios apasionantes donde trabajar. Finalmente, la gente de Trump acabó interesándose por el programa nuclear, aunque en realidad lo hicieron porque mantener el arsenal nuclear era una consecuencia del proyecto científico más importante del mundo, que también hacía cosas como investigar los orígenes del universo. «Los científicos que se dedican al armamento no empezaron dedicándose a eso —dice Madelyn Creedon, que era la segunda de a bordo del ala de armas nucleares del DOE, y quien informó, brevemente, a la Administración entrante—. No lo entendían. La única pregunta que hicieron fue: “¿No sería mejor alguien que creció queriendo ser científico de armamento?”. Bueno, de hecho, no, no lo sería.»

En el período previo a la toma de posesión de Trump, a la persona del DOE a cargo del programa de armas nucleares —Frank Klotz— se le pidió que presentara su dimisión, como se hizo con los otros 137 puestos del departamento asignados políticamente. Frank Klotz era un teniente general de tres estrellas, retirado de la Fuerza Aérea y con un doctorado en Ciencias Políticas por Oxford. El encargado de mantener los secretos nucleares de la nación había metido en cajas la mayoría de sus libros y recuerdos como hicieron los demás, y estaba dispuesto a irse sin que al parecer nadie le hubiera dado una idea de quién iba a reemplazarle. Sólo después de que el secretario Moniz llamara a algunos senadores estadounidenses para alertarles de la inquietante vacante, y éstos a su vez llamaran preocupados a la Torre Trump, la gente de la nueva Administración llamó al general Klotz y —el *día antes* de que Donald Trump tomara posesión como el cuadragésimo quinto presidente de Estados Unidos— le pidieron que trajera de vuelta sus cosas y se trasladara de nuevo a su despacho. Excepto él, el resto de las personas con el conocimiento más completo de los problemas y las posibilidades del DOE salieron por la puerta.

Fue a principios de junio de 2017 cuando atravesé esa misma puerta para ver qué estaba sucediendo dentro. El DOE se encuentra en un largo edificio rectangular, parecido a un bloque sostenido sobre pilares de hormigón, justo al lado del National Mall. Es una visión discordante, como si alguien hubiera noqueado a un rascacielos y éste no se hubiera vuelto a poner de pie. Es inexorablemente feo, de la misma manera que lo son las ciénagas alrededor del aeropuerto de Newark, tan feo que su fealdad se vuelve un

tipo de belleza furtiva: sus ruinas serán magníficas. En su interior, parece tener lugar un experimento de laboratorio para determinar la mínima estimulación estética que pueden soportar los seres humanos. Los pasillos interminables tienen suelos de linóleo blanco y, casi insistentemente, carecen de personalidad. «Como un hospital, pero sin las camillas», como explicó un empleado. Pero este lugar resulta al mismo tiempo desolado y urgente. Pese a ello, la gente trabaja aquí haciendo cosas que, si se dejasen de hacer, podrían ocasionar una destrucción y muerte inimaginables.

Cuando llegué a Washington, casi había pasado ya una octava parte del mandato de Trump, y su Administración seguía todavía en gran parte desaparecida. No había nombrado a nadie para ser director de la Oficina de Patentes, por ejemplo, o para dirigir la Agencia Federal para el Manejo de Emergencias (FEMA, por sus siglas en inglés). No había un candidato designado por Trump para dirigir la Administración de Seguridad en el Transporte, ni tampoco para gestionar los Centros para el Control y la Prevención de Enfermedades. El censo nacional de 2020 iba a ser una tarea inmensa para la que no había tiempo que perder, y aun así, el presidente no había nombrado a nadie para llevarla a cabo. «En realidad, el Gobierno actual no se ha hecho cargo —me explicó Max Stier—. Es como cuando los niños pequeños juegan al fútbol. Todos están pendientes del balón. Nadie está en su posición. Pero dudo que Trump vea la realidad. Allí donde va, todo es guay y agradable. Nadie le da malas noticias.»

En este momento de sus respectivas Administraciones, Obama y Bush ya habían nombrado a sus diez personas

más importantes para el DOE e instalado a la mayoría de ellas en sus oficinas. Trump había nombrado a tres personas e instalado sólo a una, Rick Perry, el antiguo gobernador de Texas. Perry es, sin duda, el responsable de uno de los momentos más famosos del DOE, cuando en un debate presidencial de 2011 dijo que pretendía eliminar tres departamentos enteros del Gobierno federal. Cuando se le pidió que los enumerara, mencionó Comercio, Educación y... luego se bloqueó. «La tercera agencia del Gobierno que eliminaría con... Educación... la... eh... eh... Comercio, y veamos.» Mientras sus ojos atravesaban el atril, su mente se quedó en blanco. «No soy capaz de nombrar la tercera. No puedo. Lo siento. Vaya.» El tercer departamento del que Perry se quería deshacer, recordó luego, era el Departamento de Energía. En las comparecencias de confirmación para dirigir el departamento, Perry confesó que cuando pidió su eliminación no sabía realmente lo que se hacía allí, y que ahora se arrepentía de haber dicho que no se hacía nada que mereciera la pena.

La pregunta en la mente de la gente que trabajaba entonces en el departamento era: ¿Y ahora sabe lo que hace? En sus comparecencias, Perry hizo notar que había aprendido. Dijo lo útil que había sido recibir información del antiguo secretario Ernest Moniz. Pero cuando le pregunté a alguien relacionado con esa información cuántas horas había pasado Perry con Moniz, se rio y dijo: «Estás usando una unidad de medida equivocada.» Con el físico nuclear que quizá entendía el DOE mejor que nadie en el mundo, Perry había pasado minutos, no horas. «No tenía ningún interés personal en entender lo que hacemos y en efectuar cambios —me contó un miembro del DOE en junio de 2017—.